

CAPÍTULO X.

Continúa el desgobierno.

SUMARIO.—Intrigas y miserias de los partidos.—Caída del ministerio Ofalia.—Desastres de las armas liberales.—Ferocidad de Cabrera : motines ; represalias.—Proyecto de formar un ejército de reserva.—¿ Conspira el Gobierno?—Conatos de trastornos en Madrid ; sublevacion en Sevilla.—Continúan las operaciones en Cataluña: PRIM en Torregasa y Bergús; en la expedicion al Valle de Aran, y acciones de Sort, Rialp y Tírvia.—Otro ministerio moderado.

I.

La causa de D. Carlos estaba moral y materialmente perdida en el Norte, cuando se encargó del mando de su ejército el general Maroto. Aunque aquel ejército constaba de veintiseis mil hombres, quedó tan desconcertado despues de la derrota de Peñacerrada, la insubordinacion ó indisciplina del soldado se acrecentó de tal modo, segun relacion de los historiógrafos carlistas, que “disperso todo él y en grupos de doscientos y trescientos hombres, vagaban por el país aniquilando los pueblos y robando á cuantos transitaban por los caminos... De los batallones navarros que se hallaban en la Solana, algunos se sublevaron en masa. Entraron en Estella gritando: *Muera la junta, mueran los ojalateros, abajo los castellanos y vengan nuestras pagas*. Mataron á un escribano que bajaba la escalera en que vivia aquella corporacion, creyéndole individuo de la misma ; ofendieron á cuantos encontraron, sin respetar á los guardias que componian el escuadron que custodiaba el *estandarte de la generalísima*, y que llevaba siempre á su inmediacion D. Carlos ; prosiguieron disparando las armas sobre las ventanas y puertas de la gente principal, singularmente sobre las casas del Obispo de Leon y de la prima de Zaratiegui ; pusieron á saco otras muchas y maltrataron á varias personas. En vano quiso oponer su autoridad D. Carlos á tales excesos ; fué desobedecido, atropellada su casa y golpeado su ayuda de cámara

D. José Sacanell, así como desairado el infante D. Sebastian, que por su ascendiente sobre la tropa debió creer sería respetado ¹.,

Pero esta situacion verdaderamente desastrosa del ejército carlista no era solo efecto de la derrota material que habia sufrido: provenia principalmente del encono de las pasiones, de la irritacion y el desaliento producidos por la torpeza, las intrigas y tropelías de la camarilla intolerante y fanática que rodeaba á D. Cárlos, y del descrédito de este entre sus más adictos partidarios. “¿Podia sostenerse y defenderse más tiempo (dice el citado Arizaga) una causa que, combatida con ardor, entusiasmo y constancia por sus enemigos, *encerraba en sí los mayores y más terribles contrarios?* ¿Podia el gobierno de D. Cárlos marchar á un fin honroso, cuando el partido que dominaba el corazon del Príncipe, en vez de buscar la fuerza que da la union y la concordia, atizaba las pasiones, envenenando los sentimientos de todos, y á cada paso levantando un nuevo obstáculo á la reconciliacion y al triunfo de la restauracion por que se combatia? ¿Podia hacerse la guerra, cuando el mando estaba dividido, y los jefes militares sujetos á las caprichosas inspiraciones de un eclesiástico, de un favorito ignorante ó de un intrigante palaciego ²?,”

Más explícito D. Manuel Lassala, refiriéndose los atropellos de que eran víctimas los buenos carlistas por los partidarios del oscurantismo, pinta aquella situacion con estos vivos colores:

“Tanta desgracia, tanto sufrimiento, tanta persecucion, hicieron de los que se hallaban en este caso un numeroso y fuerte partido que, sin proyectos, sin reuniones y sin preparadas relaciones, *fueron unánimes en el odio á D. Cárlos, á quien se consideró, si triunfaba, como el mayor de los infortunios para la desgraciada España;* y así públicamente se decia por la mayor parte de los generales y altos empleados, que todos deseaban un medio honroso por el que se les pudiese separar de la causa por que combatian. Los carlistas de buena fé *se horrorizaban al conocimiento del hombre á quien servian, y de los principios extremados que les queria forzar á sostener:* ellos

¹ Arizaga.

² Ó á las profecías de una monja famosa, que, segun declaraciones, en causa que se le formó con motivo de ciertas llagas que se suponian impresas milagrosamente, habia sabido por revelacion del diablo, que D. Cárlos triunfaria. Si Guergué, contra su parecer, aguardó y atacó á Espartero en Peñacerrada, fué «siguiendo las indicaciones de algunos eclesiásticos, que suponian estar la victoria en el ataque; pues así lo aseveraban las revelaciones que la monja habia comunicado en sus cartas á D. Cárlos.» Maroto, que así lo refiere, fué duramente acriminado más de una vez, porque no seguia las instrucciones de la monja. Pero, si la monja era inspirada por el diablo, ¿cómo le daban crédito los que tanto se preciaban de buenos católicos? ¿Podian creer que el diablo dijese verdad?

querian el gobierno fuerte y vigoroso, sí, de un rey ; pero tambien le querian dulce, amante de los pueblos, y que conocedor de sus necesidades y de los actuales tiempos, los hiciese felices... pero un rey fanático, supersticioso y sangriento, nunca fueron sus votos: jamás pensaron en sacrificar sus vidas y sus bienes para dar á sus familias y amigos no alistados en el partido carlista un verdugo, á ellos mismos un perseguidor, y á la España entera los tiempos duros y atrasados de un Felipe II y de un Cárlos el doliente.”

“Las últimas clases del pueblo y del ejército (continúa Lassala), testigos de tantos trastornos, viendo á sus antiguos jefes en duras prisiones, no recibiendo mejoras de ninguna especie, y no dispensando su confianza á los que les mandaban , murmuraban y se quejaban ya abiertamente de D. Cárlos, de sus rezos, de sus oraciones y de su poca disposicion.,”

Don Cárlos y su causa estaban, pues, juzgados y condenados por los mismos carlistas : el siglo milenario , el gobierno patriarcal, dulce y benéfico , que estos habian soñado bajo el cetro semidivino de un monarca absoluto, aparecia tal como era en realidad ; y despojado de las galas poéticas con que lo revistiera su fantasia, el ídolo ante cuyas aras habian sacrificado vidas y haciendas les causaba horror y espanto. Pero no podian llamarse verdaderos carlistas los que ahora, viendo al ídolo desnudo y en su propia naturaleza, renegaban de él, despues de haberle ofrecido en holocausto diariamente, en vez de incienso, humo de pólvora y vapor de sangre. D. Cárlos no representaba ni debia representar otros principios que los del despotismo puro, con su séquito tradicional de favoritos y camarillas, supersticion é ignorancia , persecuciones y patibulos. Precisamente contra esto se venia peleando durante tantos años, y los que así no lo comprendian estaban ciegos : pero planteada la cuestion en su verdadero terreno ; despejada la incógnita, la causa del carlismo necesariamente habia de sublevar los ánimos de cuantos abrigaban sentimientos de dignidad personal y de amor patrio, y hundirse bajo el peso de su descrédito.

En tal situacion , un leve esfuerzo habria bastado para terminar la guerra , si en el campo liberal hubiese habido más union, más inteligencia , más patriotismo. D. Cárlos habia cambiado de general en jefe ; pero no de ideas ni de inclinaciones: su cuartel continuó siendo un semillero de intrigas y discordias ; los fanáticos, los ignorantes y ambiciosos continuaron mereciendo su privanza ; y apenas tomó el mando Maroto , fué objeto de los tiros emponzoñados de aquellas gentes , que pretendian entender y arreglar por sí los asuntos de la guerra. “Tal fatalidad (dice

el mismo Maroto) perseguía á cuantos generales tuvo D. Carlos, que en el ánimo de este príncipe prevalecían siempre los consejos de un fraile ó de un sirviente particular; y como á estos no se les diese pleno conocimiento de cuanto el general pensaba, ó no se hiciese lo que ellos indicasen, todo estaba mal hecho, y no veían sino torpeza, ignorancia, malicia ó traición.,

Los demás jefes y generales carlistas, que, á falta de méritos, contaban con el apoyo y protección de la camarilla, se declararon enemigos descubiertos de Maroto, atacándole unos sin rebozo, y otros por medio de imputaciones calumniosas reservadas. Se hablaba contra él con el mayor descaro en el cuartel de D. Carlos, porque no atacaba, cuando apenas habia podido reorganizar el desbandado ejército. Sin embargo, “en el corto tiempo que llevaba de mando, habia ya formado cinco batallones *de las tropas presentadas del ejército de la Reina, que diariamente desertaban á bandadas, huyendo de la miseria que las rodeaba y del mal trato que entonces sufrían.*”

Esta triste revelación del mismo Maroto nos explica el sesgo que luego tomaron los acontecimientos. El gobierno de Madrid, atento á su propia conservación, como gobierno de partido, tenia enfrente enemigos que conspiraban, y cuya actitud le hacia descuidar el supremo interés de la guerra. Eran frecuentes y alarmantes las noticias que recibia de varios puntos. En la provincia de Murcia particularmente se agitaban las sociedades, y amenazaban los conspiradores con violentos trastornos; háblase de asesinar á las autoridades, y algo de esto empezó á realizarse dando muerte al comandante de armas de Albanilla; no se podia fiar en la Milicia nacional, y se pedia otra clase de fuerzas para reprimir los desórdenes. En Cádiz trabajaban los clubs, y se decia al Gobierno que tenian inteligencias con el ejército del Norte para secundar en las Provincias el movimiento que proyectaban, empezando por separar al Conde de Luchana, y poner otro general de su confianza.

En medio de estas complicaciones, se lisonjeaba el Gobierno de dar un golpe mortal á los carlistas secundando el proyecto de un industrial y propietario de Vizcaya, llamado Muñagorri, que con algunos centenares de hombres, habia levantado el pendon de *Paz y fueros*. No habia recursos con que socorrer al Ejército; pero á Muñagorri se le enviaron dos millones y otros auxilios, que ningun resultado produjeron. La ineptitud del Ministerio llegó al punto de dar oídos á proyectistas y charlatanes. Un suizo anunció á Mon la existencia de un tesoro enterrado en Santiago en 1809. Provisto de fondos y recomendaciones que le proporcionó el crédulo Ministro, se presentó el suizo con gran séquito de operarios en el hospital de San

Roque de aquella ciudad, el 17 de Agosto, y mandó hacer excavaciones en las letrinas: cuando las pestilentes exhalaciones hubieron infestado la ciudad, declaró el impostor, que sin duda el tesoro habia sido sacado antes. Alborotóse el pueblo, conocido el engaño, y castigó al suizo apaleándole; pero esto solo sirvió para acrecentar el escándalo promovido por tan ridículo acontecimiento, que acabó de desprestigiar al Ministerio, rudamente combatido á la sazón por el mal resultado de las operaciones militares.

Con esforzado aliento habia emprendido el general Oráa la reconquista de Morella, reconcentrando á este fin todas las divisiones del ejército de su mando. El 29 de Julio, la mayor parte de aquellas fuerzas ocupaban las alturas al frente de la plaza, estacionándose la reserva en algunos pueblos del camino de Aragon, para proteger la llegada al campamento del tren de batir y de los convoyes de víveres, pues las pocas raciones que habia sacado el ejército estaban ya casi agotadas. Desde aquel dia en adelante diéronse frecuentes y terribles combates, llevando en ellos por lo regular la mejor parte las tropas de la Reina, que consiguieron establecerse en buenas posiciones y conservarlas, obligando por fin al enemigo á encerrarse tras de las murallas.

Fué una de las acciones más empeñadas y sangrientas la del 2 de Agosto. Atacado el ejército sitiador en su campamento de la Moleta de la Pedrera, generalizóse el fuego por toda la línea, tomando parte en el combate, además de Cabrera, Forcadell, Merino, D. Basilio, Negri, Llagostera, el coronel Gracia y otros jefes carlistas, contra Oráa, Borso, Pardiñas, Aspiroz, Pezuela y Serrano, siendo aquellos rechazados con gran pérdida de gente. Cabrera dejó en poder de su enemigo la boina y la famosa capa blanca, que le arrebató de los hombros el comandante de infantería D. Ezequiel Amaya.

No habia llegado aun el tren de batir, y se esperaba con ansia un convoy, que avanzaban con lentitud suma por el mal estado de los caminos: cuando estaban ya cerca de Morella, se interpuso Cabrera, y al anochecer del dia 8 atacó impetuosamente á sus contrarios, poniéndoles en grande aprieto; duró la acción hasta las diez de la noche, y Oráa salvó el convoy á costa de heróicos sacrificios. El carlista hizo quemar entonces las mieses, recogió todo el trigo de las inmediaciones y se encerró en la plaza, no sin haber empeñado recios combates en los dias sucesivos hasta el 13, en que quedó formalizado el sitio, rompiéndose el fuego de cañon contra Morella al amanecer del 14.

A pesar de los repetidos triunfos alcanzados sobre las numerosas y aguerridas fuerzas carlistas, el ejército liberal se hallaba en una situación muy crítica: el 15 solo había raciones para dos días y ninguna para los caballos, que hasta de forrage carecían por el incendio de las mieses, y en el campamento se contaban unos seiscientos heridos; lo cual puso á Oráa en la necesidad de ordenar el asalto de la plaza en cuanto se hubo abierto brecha por la artillería. Con grande arrojo lo intentaron las tropas aquella misma noche; pero el enemigo era poderoso, y tuvieron que retirarse, dejando el suelo cubierto de cadáveres al pié de las murallas. Continuó el fuego de cañon el día siguiente, y al amanecer del 17 se dió un segundo asalto, combinándolo con una escalada por tres puntos distintos á la vez; pero el valor y la decisión de los batallones, guiados por sus bizarros jefes, se estrellaron contra aquellos muros, defendidos por un enemigo tenaz y esforzado, que arrojaba sobre ellos un diluvio de balas, granadas y piedras.

Oráa tuvo que desistir de su empeño y levantar el sitio de Morella, despues de haber sostenido veintidos combates, saliendo victorioso en casi todos: la acumulacion de los heridos y la falta de subsistencias le ponian en el duro trance de retirarse, para no exponer el ejército á un desastre seguro, visto el resultado inútil y sangriento de los dos asaltos. La retirada fué penosísima y difícil por aquel país quebrado y montuoso, habiendo que vencer además al enemigo, que acudió á entorpecerla, y aun estuvo á punto de batir á las tropas liberales; pero se abrieron paso á la bayoneta, costando á unos y otros respectivamente más de 300 bajas la funesta refriega.

La pérdida sufrida por sitiados y sitiadores, durante estas infructuosas operaciones contra Morella, ascendieron á unos tres mil hombres, entre muertos y heridos, pereciendo allí varios jefes y oficiales muy distinguidos, entre ellos el coronel Portillo, ex-gobernador de aquella plaza, que sucumbió en el último asalto de la brecha.

El descontento que produjeron estos desgraciados acontecimientos precipitó la caída del ministerio presidido por el conde de Ofalia, que se retiró el 6 de Setiembre, siendo llamado á reemplazarle el Duque de Frias: el país no había ganado gran cosa en el cambio de gabinete ¹.

¹ «El duque de Frias (dice D. Javier de Búrgos), buen literato y cumplido caballero, pero tardo de oido, sujeto á distracciones habituales, dotado de fibra poco vigorosa, ignorando hasta la tecnología de la Administracion y de la Hacienda, no conociendo por consiguiente medio ni camino para reparar ningun mal, para promover ningun bien, era poco á propósito para dirigir el timon del Estado en tan difíciles circunstancias. — El inexperto diputado por Leon, Vigil de Quiñones, denominado marqués de Monte-Virgen, que, de repente, y por recompensa del apoyo que en una ocasion importante prestara al conde de

II.

Continuaban en Setiembre las miserias y privaciones del ejército del Norte, de las cuales se aprovechaba Maroto para estimular la desercion de las tropas liberales, cuando los carlistas aragoneses, envalentonados con su triunfo de Morella, enviaron fuerzas á Castilla para extender la guerra á la espalda del Conde de Luchana, y darse la mano con sus correligionarios de las Provincias. Estos movimientos obligaron á Espartero á desistir de la conquista de Éstella, para dirigir su atencion á los nuevos puntos amenazados, y replegarse sobre el Ebro.

Alaix, que acababa de ser nombrado ministro de la Guerra, quedó con pocas fuerzas en Navarra, y no pudo impedir que los carlistas pasáran el Arga el 19 de Setiembre, mas no por esto dejó de volar á su encuentro, y aunque superiores en número, les batió en Légarda, obligándoles á retirarse con gran pérdida hacia las cumbres del Perdon, donde se rehicieron ocupando magníficas posiciones. Empeñóse Alaix en arrojarles de ellas, trabándose allí reñidísima y desigual batalla: pónese el mismo Alaix á la cabeza del regimiento de Zaragoza, y avanza temerario sobre las masas enemigas, que le reciben con una descarga cerrada, y cae del caballo atravesado de tres balazos. El regimiento quedó destrozado y sin jefes; su coronel estaba tambien gravemente herido, y creyéndole muerto, huyeron los soldados llevando el desórden y el espanto á los demás cuerpos. La derrota de los liberales fué completa, y toda la division se habria perdido, á no ser por la serenidad de algu-

Toreno, habia sido encargado de una de las dependencias superiores de rentas, dejó en ella recuerdos que no permitian esperar que mejorase por su influencia la destruida Hacienda, cuya direccion suprema se le confiaba interinamente.—Valldich, ya por sí el marqués de Vallgornera, si antes de Torre Mejía por su mujer, habia servido como oficial en la secretaria de lo Interior, donde empezó á familiarizarse con las teorías administrativas; pero no con la ciencia, harto más difícil, de la aplicacion de ellas á las necesidades de una sociedad anómala, y entonces descuidada y disuelta.—Al ministerio de Marina estaba unido el de Comercio; y de los medios de favorecerlo, entendia tan poco Aldama, á quien se confió el despacho interino, como de Hacienda Monte-Virgen, y Vallgornera del mecanismo de la organizacion interior.—Ruiz de la Vega, que, durante su emigracion en Inglaterra, habia abjurado sus antiguas doctrinas revolucionarias, y completado sus estudios de jurisprudencia, nada podía hacer solo en la situacion complicada en que se hallaba el país. El ministerio Frias, pues, nació muerto, como sucedió antes á Bardaji, y como despues habia de suceder á todos los que, al constituirse, no concibiesen el propósito de restablecer desde luego algunas condiciones de existencia social, sin las cuales todo gobierno era imposible.»

Tal es el retrato de aquel Ministerio, trazado de mano maestra por un escritor amigo de los moderados, pero más amigo de la verdad.

nos jefes , que contuvieron al enemigo sosteniendo la retirada ¹. Su pérdida ascendió á unos doscientos muertos , multitud de heridos y quinientos prisioneros , quedando además en poder de los carlistas ochocientos fusiles y gran número de caballos.

Espartero se encontró entónces en una situacion muy apurada : sus contrarios habian recobrado la fuerza moral de que poco antes carecian ; y mientras que Merino , Carrion y Balmaseda se enseñoreaban de Castilla la Vieja , otros pasaban el Ebro invadiendo y saqueando varios pueblos de la Ribera , y Maroto se situaba en Durango acercandó sus fuerzas á Bilbao. Para hacer frente á todo , solo contaba el Conde con catorce batallones disponibles , despues de haber reforzado su derecha destacando á Leon con la caballería y la artillería de la legion inglesa : hizo avanzar á Rivero con nueve batallones hacia Villarcayo , y se quedó con cinco ; fuerza insuficiente para poder acudir á la persecucion de los facciosos que se extendian por las provincias de Búrgos y Soria , corriéndose hácia Valladolid y Avila.

En tan críticas circunstancias , pidió Espartero al Gobierno que le enviase rápidamente refuerzos del ejército de reserva que , bajo las órdenes del general Narvaez se habia formado , con este objeto , en la Mancha y Andalucía. El Consejo de Ministros acordó que Narvaez marchase inmediatamente , con las dos terceras partes de aquel cuerpo , á encargarse de la capitania general de Castilla la Vieja , confiando á Noguera la pacificacion de la Mancha con el resto de la reserva y las tropas de Extremadura , y comisionandó á Mendez Vigo para organizar en Córdoba y Jaen una nueva reserva. Estas y otras disposiciones demuestran la necesidad y la urgencia de acceder á los deseos del Conde de Luchana. Sin embargo , intrigas y miserias de partido , de que luego hablaremos , impidieron que Narvaez marchase á su destino , y que el ejército del Norte fuese reforzado. A pesar de esto , Espartero , abandonado del Gobierno , pero apoyado por sus valientes subordinados Ribero y Leon , batió á los carlistas en las orillas del Ebro , en las del Arga y en Valdivieso , conteniendo sus correrias y arrojándoles de las sierras y pinares de Soria.

Entre tanto Cabrera ostentaba su poder más pujante que nunca , llevando su osadía hasta presentarse , en una rápida excursion , á las puertas de Valencia. No habian terminado aun su penosa retirada de Morella las tropas de Oráa , cuando el carlista invadia las riveras del Júcar , imponiendo grandes exacciones á los pueblos,

¹ Son dignos de mencion el coronel Casero , que hizo prodigios de valor con el primer batallon de San Fernando , y el capitán D. Domingo Dulce , que con quince lanceros y un trompeta contuvo á un escuadron carlista , y le obligó á retroceder.

quemando algunas casas y reuniendo en ocho días un cuantioso botín, con el que se retiró á sus guaridas; y seguro de no ser molestado, concedió á su gente una semana de descanso en el seno de sus familias.

Aunque Cabrera no permaneció inactivo, nadie le hostilizó durante el mes de Setiembre. Un valiente le buscaba, sin embargo, anheloso de medir con él sus armas, é iba á encontrar una muerte gloriosa en los campos de Maella. Pardiñas, jóven bizarro, ascendido en poco tiempo á general por sus heróicos hechos y no interrumpidos triunfos, deseaba vencer al más esforzado de los caudillos carlistas: no menos ambicionaba Cabrera verse frente á frente de su bravo adversario: supo, el 27 de Setiembre que aquel habia movido su division desde Alcañiz á Calaceite, y saliendo inmediatamente de Morella con sus ayudantes y ordenanzas, anduvo veintisiete horas sin detenerse hasta llegar á Gandesa.

Pardiñas se situó en Maella: Cabrera en Valdealgorfa. Uno y otro se disponian para el combate; uno y otro estaban decididos á no ceder sin alcanzar la muerte ó la victoria. Tranquilos y serenos se levantaron ambos generales al amanecer del 1.º de Octubre, y colocaron sus tropas en posiciones convenientes, eligiendo por campo de batalla un terreno espacioso plantado de olivos, entre el rio Fabara y unas alturas. Las fuerzas de Cabrera ascendian á tresmil infantes y quinientos caballos; las de Pardiñas eran inferiores, sobre todo en caballería; pero suplía la calidad al número, siendo llamada aquella division del *Ramillete*, por considerarla como lo mejor del ejército del Centro.

Ya frente á frente ambos enemigos, mostraban su impaciencia por venir á las manos, y apenas dada la señal de ataque, lanzáronse con decision los liberales sobre el centro y los flancos carlistas arrollando su izquierda, y obligándoles á ceder terreno; pero se rehacen estos, y luchan con feroz encarnizamiento, siendo nuevamente repelidos. Impaciente Pardiñas por alcanzar un triunfo, que ya consideraba seguro, precipita los movimientos de los batallones de su izquierda, dejando el flanco descubierto: los carlistas eran arrollados en ambas alas; pero aprovechando Cabrera el descuido de su contrario, corta aquellos batallones por un cambio de frente, sin dar tiempo á que fuesen socorridos por los del centro, y les pone en la necesidad de rendirse, comprometiendo la suerte de los demás. Vuela en seguida á contener el desórden de sus tropas acosadas por la derecha enemiga; muestra á los soldados la sangre que corria de su brazo herido; les increpa duramente; les anima, y les vuelve al combate con nuevos brios. La victoria era suya.

Pardiñas no acertaba á comprender lo que le sucedia, pareciéndole imposible la derrota. Encendido en ira, brotando fuego de sus ojos, corria de una parte á otra procurando rehacer sus desbandados batallones; pero viendo lo inútil de sus esfuerzos, presa de la desesperacion, se decide á morir matando, y se arroja en medio de sus enemigos: muerto el caballo que montaba, se apodera del fúsil de un granadero, y apoyado en un árbol, dispara el arma contra un grupo de ginetes, que le hirieron mortalmente; pero aun saca la espada, y sigue peleando hasta exhalar el último aliento atravesado de una lanzada.

Seis horas duró aquel obstinado combate, quedando destruida la division de Pardiñas, de la cual apenas se salvaron dos batallones de los cinco que la componian; prisionera la mayor parte; muertos los más bizarros jefes y oficiales; sembrado el campo de multitud de heridos. Los carlistas perdieron cerca de 300 hombres entre muertos y heridos, y unos cien caballos.

El triunfo de Cabrera en Maella pudo ser completo: lo desvirtuó y mancilló con su crueldad innata. De su orden, los prisioneros de la caballería, en número de 161, fueron inhumanamente acuchillados¹. Aquella misma tarde hizo fusilar Cabrera al capitán de Córdoba, D. Joaquin Urquiza, y á *veintiseis heridos* más, que sacó del hospital de Maella. No estaba satisfecha, sin embargo, la saña del *Tigre del Maestrazgo*, y todavía despues mandó fusilar *noventa y seis* sargentos prisioneros en Maella, por haberse negado á ingresar en las filas carlistas.

Profunda sensacion causaron estos hechos en todo el país; pero especialmente en las provincias de Aragon, Valencia, Cuenca y Sigüenza, inmediatamente amenazadas por las huestes vencedoras de Cabrera, que comenzaron á invadirlas, cometiendo excesos y depredaciones en los pueblos desguarnecidos. Llagostera entró á recorrer el valle del Jalon, hasta las inmediaciones de Zaragoza, y los carlistas que vivian en esta capital, se mostraban insolentes, insultando á los nacionales. Al ver estos desde sus casas el humo del incendio que devoraba algunos edificios del vecino pueblo de Urrea, no pudieron ya contener la ira que rebosaba en sus pechos, y se amotinaron empuñando las armas al grito de represalias. Pudo calmarlos el general San Miguel, prometiéndoles lo que pedian, tomando serias providencias contra los adictos á D. Carlos, y haciendo saber á Cabrera por medio de una alocu-

¹ Sobre el campo de batalla aun, mandó Cabrera á D. Cristóbal Espinosa matar á unos cincuenta soldados de caballería del Rey que habia reunido. El comandante Espinosa contestó: «*que no tenia lanza despues de la accion;*» digna respuesta de un valiente y de un hombre honrado. Cabrera buscó á otro que obedeciera sus órdenes sanguinarias, y los soldados fueron acuchillados, despojándoles antes de cuanto llevaban.

cion á los zaragozanos , que si no retiraba sus fuerzas de aquel territorio , ni ponía coto á su barbarie, se hallaba decidido á detener en rehenes á las personas más calificadas de carlistas , usando de represalias, por más repugnantes que fueran á sus principios.

Despreció Cabrera estas amenazas, y mientras sus segundos Arnau y Forcadell invadian con mala fortuna las provincias de Cuenca y de Castellon, corrió á dar ayuda á Llagostera , que se habia apoderado de Caspe y sitiaba su fortaleza ; pero tuvo que levantar el sitio y retirarse á la aproximacion de D. Juan Van-Halen , que acababa de suceder á Oráa en el mando del ejército del Centro. No llevaba este general más que tres mil hombres , y sin embargo , pudo con ellos salvar , no solo á Caspe , sino tambien á Híjar y Lécera, y socorrer luego á Lucena y Villafamés, ejecutando once largas marchas, y arrostrando grandes peligros á través de las líneas enemigas.

Intentó Cabrera apoderarse de Peñíscola , proponiendo una traicion á su gobernador D. Juan Vivas , á quien ofreció un ascenso y 10,000 duros por la entrega de la plaza ; pero Vivas le contestó indignado , que “su reputacion no tenia precio, y que un hombre no puede vivir infamado y con ignominia.”

No faltaron traidores en el pueblo de Villamalefa , cuya guarnicion , compuesta de nacionales , era mandada por el cura párraco D. Mariano Renau. Tres de aquellos se entendieron con un capitán carlista , y le facilitaron la entrada en el castillo, el 26 de Octubre , mientras el cura decia misa. Los nacionales , sorprendidos en el pueblo , se refugiaron en un fuerte y en la casa Abadia , donde se defendieron valerosamente ; pero su resistencia era inútil , y consintieron en capitular , prometiendo que serian canjeados á los quince dias ; que no recibirian daño en sus personas y bienes , y que despues de canjeados , podrian quedarse en sus casas ó tomar parte con los carlistas.

Con estas condiciones , que firmaron Forcadell , La Coba , el capitán Gasque y el cura Renau , se entregaron los defensores de Villamalefa , y fueron conducidos á Villahermosa , donde al dia siguiente se les intimó la orden de confesarse para morir. Cincuenta y ocho perecieron á las once de la mañana , víctimas de su buena fé y de la más negra infamia. “Quedaban seis niños de diez á catorce años y un anciano de setenta , á cuyo favor representó el comandante de armas Cortés, diciendo que no tenia valor para matarlos. Su sentida exposicion arrancó simpatias y ruegos de algunos jefes ; pero á los diez dias decretó Cabrera, mandando que todos fuesen fu-

silados sin excepcion de clases, sexos ni edades; y en efecto, los niños y el anciano lo fueron el 6 de Noviembre por el capitán portugués D. Jaime Pacheco, por no haberlo querido hacer Cortés.,

Quedaba el cura Renau, que fué conducido á Onda, donde estaba Cabrera, quien le prometió el indulto si denunciaba á sus confidentes. Rechazó la propuesta el digno sacerdote, y aceptó la muerte resignado. “Cabrera presenció la ejecucion, y al ruido de los tiros y en presencia del cadáver, prorumpió en gritos y risas descompasadas, y excitó á los espectadores á que se acercáran al cadáver ensangrentado ¹.,”

Estos crímenes repetidos hicieron que resonára en muchas partes el bárbaro grito de represálias dado antes en Zaragoza: horrible grito, que ningun exceso puede justificar; pero que el dolor y la desesperacion arrancan, y cuyos efectos serian justísimos y hasta necesarios, si fuera posible hacerlos caer únicamente sobre la cabeza de los culpables que los provocan, atropellando las santas leyes de la humanidad. Pues qué, hay derecho para llevar al patíbulo á un asesino vulgar, ¿y no lo habría para destruir á un mónstruo de profesion, que á sangre fria mata prisioneros y enfermos, ancianos y niños, mujeres y sacerdotes? Pero las represálias llevan consigo el castigo de los inocentes, acrecientan los ódios, multiplican las víctimas y hacen fieras de los hombres.

El fusilamiento de los 96 sargentos de Maella produjo una insurreccion en Valencia la noche del 23 de Octubre. El general Mendez Vigo disolvió los grupos y apaciguó, con su sola presencia, á los nacionales sublevados, que pedian el exterminio de los carlistas; y cuando ya se retiraba, un tiro salido de un grupo de paisanos, apostados en una esquina, le dejó cadáver. ¿Quién cometió este asesinato alevoso? No fueron los nacionales.

Acordóse en Valencia, como en Zaragoza, el uso de represálias, y para tranquilizar los ánimos, fueron sentenciados á muerte trece oficiales carlistas. Al ir á fusilarlos, dijo con verdad uno de estos infelices: “*No es la Milicia de Valencia quien me fusila, sino el infame Cabrera.*,”

Las víctimas de Villamalefa clamaron venganza desde sus sepulcros; y esta vez, no ya el pueblo indignado, las autoridades y la junta de represálias de Valencia, creada más bien para templar que para ejercer el rigor de esta medida, se sublevaron con el feroz sistema de Cabrera, y mandaron fusilar ciento cincuenta y cinco prisioneros.

¹ *Historia de la guerra civil en el Oriente de España*, por los señores Cabello, Santa Cruz y Temprado.